

EL HIJO DE SUS ENTRAÑAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA
ORIGINAL DE

Antonio Santacreu Pociello



Imp. Escudillers, 45 Barcelona





EL HIJO DE SUS ENTRAÑAS

Antonio Santacreu Pociello

Dedica esta obra a los actores dramáticos D. Augusto Barbosa y Doña Teresa Gay en prueba del afecto de admiración.

Su admirador

EL AUTOR

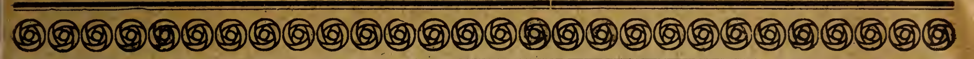
PERSONAJES

Federico (Marqués, 50 años).	Sr. Marcet
Elena (esposa del Marqués, 45 años). . .	Sra. Paricio
Elisa (hija de los Marqueses, 20 años). . .	» Perelló
Salvador (Pastor, 50 años)	Sr. Barbosa
Ignacio (hijo de los Marqueses, 24 años). .	» Marcet
Manuel (esposo de la hija del Marqués, 26 años)	» Badó
Josefina (huérfana, 21 años)	Sra. Gay
Luis (criado de los Marqueses, 22 años) . .	Sr. Fuencarral

La acción se desarrolla en una antigua ciudad castellana.



Esta obra fué estrenada en Lérida el día 31 de Diciembre de 1920, en el Teatro de la Sociedad Coral «La Paloma» por la compañía que dirige el eminente actor D. Augusto Barbosa y en la que figuraba la primera actriz Doña Teresa Gay, ajustándose el reparto por el cuadro indicado por los demás componentes de la compañía.



ACTO PRIMERO

La escena representa un palacio suntuoso, en primer lugar una plaza, jardines, un salón magnífico al que se entra por una arcada con muchos adornos de estilo antiguo. El salón muy adornado y sus paredes pintadas, con cuadros de escenas de caza y otros asuntos. Dos puertas a la derecha y dos a la izquierda. En el centro un hermoso velador con sillas a su alrededor y a los extremos dos mecedoras. Por las paredes de la habitación cuadros de reyes y hombres célebres; a la derecha e izquierda dos candelabros que alumbran la escena. A la derecha en primer tèrmino altar en cuyo centro se destaca la imágen de San Federico.

ESCENA I

Federico y Elena

Federico — Querida esposa, hoy debe llegar Manolo, según nos dice en su carta. Bien sabes a lo que viene.

Elena — A saber nuestra decisión respecto a nuestra hija.

Federico — Es un jóven de inteligencia sin límites.

Elena — Sí; nos consta a todos y no hay que repetirlo más. Es hombre de carrera. jóven, arrogante, rico y con inmensa fortuna. ¡Pero nuestra hija no le ama!

Federico — Le quiera o no le quiera, tendrá que disponerse, después nos dará las gracias continuamente.

Elena — Entonces se convencerá del amor profundo que le profesamos.

Federico — Desde luego será así y no de otra forma.

ESCENA II

Federico, Elena y Elisa

Elisa (*Entra por la primera de la izquierda*)

Elena Parece que se acerca hacia aquí Elisa.

Elisa (*Dándoles un beso*). Aquí me tienen Vds., queridos papás.

Elena ¡Vamos a darte una gran noticia!

Federico (*Sacando una carta*). Mira esta carta.

Elisa ¿Para mí? ¿De quién será?

Federico De Manolo.

Elena De Manolo el ingeniero.

Federico (*Dándosela*), Puedes leerla.

Elisa (*Leyendo la carta*).

Federico (*Al terminarla*). ¿Qué te parece hija mía?

Elena Observas con qué delicadeza pide tu mano?

Elisa No, no le amo...

Federico ¡Estás loca! Y... ¿por qué no le amas, vamos a ver?

Elisa Yo sólo puedo amar a uno, y a quien amo está dentro de mi corazón, y es Carlos.

Federico ¡Carlos! ¡Imposible! No es de tu condición.

Elena Tu padre tiene razón; ricos con ricos y pobres con pobres.

Federico Ni más ni menos.

Elisa (*Llorando*). No puede ser.

Elena Tienes que obedecer a tu padre, siempre te dió los mejores consejos por experiencia.

Federico Reir debías hacer... Carlos en los primeros años de su infancia llamaba padre a un pastor; pero llegó un día, cuando contaba más edad, le dijeron que a quien llamaba padre no lo era y que movido de compasión le recogió entre sus brazos y luego adaptándole por hijo le instruyó y educó según las costumbres de su país, haciendo por èl cuanto a su alcance estuvo, lo que no podrá rocompensarle los muchos sacrificios que hizo por él, siendo un mísero ser de este mundo.

Elena ¡Pobre jóven; no llegar a conocer a sus padres! Será muy bueno este pastor; yo quisiera conocerle personalmente.

Elisa Papá tambien lo desea, porque un día le dije a Carlos que le noticiara de eso con objeto de que pasara algunos días en nuestra casa y Carlos dijo que vendría.

Federico ¡Que nos importa su presencia siendo ella acompañada del rayo de nuestra destrucción! Grande sería nuestra pena, mayor que otra cualquiera que sobre nosotros pueda recaer; las tempestades o las penas de nuestra vida que revolucionan nuestro espíritu, una de estas tempestades amenaza caer y descargar sobre nosotros. El amor más bajo ha prendido en el corazón de nuestra hija, envuelto en las ilusiones, es la tormenta descargada sobre esta tranquila casa.

Elena (*Suspirando*). ¡Ay! Tienes sobrada razón.

Federico Desde luego, tengo puesto todo mi pensamiento en buscar un brillante porvenir para nuestra hija.

Elena ¿Su porvenir y el nuestro?

Federico Es nuestra obligación velar por ella.

Elisa (*Llorando*). Ustedes se empeñan, sin amarle, le recibiré por esposo pero Vds. serán responsables de cuanto pueda sobrevenir. (*Llaman*).

ESCENA III

Dichos y Manolo

Manolo (*Por el fondo*). ¿Cómo están Vds.? ¿Cómo siguen?

F. y Ena. (*Levantándose para corresponder a su saludo, dándose las manos*). Sin novedad hasta la presente. ¿Y sus papás? (*Dándole una silla*).

Manolo Muy bien, gracias.

Federico Hemos recibido su atenta carta, enterándonos minuciosamente de todo su contenido.

Manolo Así lo esperaba.

Federico Y nos ha colmado de alegría.

Manolo Mucho tiempo hacía que les quería escribir; pero era tanto el temor de una negativa

Federico Nos hemos enterado por su carta de ello.

Elena Todos estamos conformes en su enlace con nuestra hija.

Manolo Me hacen Vds. el más feliz de los hombres. Además al participar a mis papás tan delicada noticia influirán para conseguir una gracia inesperada.

Federico Nuestra gracia no es tanta... Un día hablando con sus papás con singularidad dije yo. ¿Sería propio el hijo de un catedrático para nuestra hija? Y así tocamos las partes, pero sin orientar cuanto dijimos.

Manolo — Yo tuve la intervención lamentable de conocerles en la sociedad donde Vds. la enaltecían a dicha sociedad con su presencia, era el día que allí se dió por primera vez concierto, pero en uno de los salones paseaban mis papás y yo estaba con algunos amigos y me apercibí luego que una lindísima familia hablaba con ellos y me acerqué y para saludarles les estreché las manos. (*Dirigiéndose a Elisa*). Y al estrechar su mano... sentí un fuego... la ví tan grande, que no la olvidé jamás, su figura la ví seria, hermosa, linda, que me inspiró amor y aún más lloré a solas y dije, quisiera regarla con mis lágrimas como a una flor para que floreciese un día de primavera y que me abriera el camino que me cierra el paso, traerla a mi lado hasta el fin de la vida.

Federico — Desde hoy concedida le queda la petición.

Elena — Y desde este momento le tendremos por hijo.

Manolo — Y yo a Vds. como los más idolatrados padres.

Federico — (*A Elisa*). Da tu mano a quien de veras te quiere.

Elisa — (*Dándole la mano*). ¡Caballero!

Elena — La felicidad reinará en vosotros.

Manolo — Tengo confianza de que así sucederá. Hasta mañana. (*Dándose las manos*).

Federico — Le esperamos.

Elena — Hasta mañana.

Manolo — (*A Elisa*). Señora...

ESCENA IV

Dichos menos Manolo

Federico — ¿Has observado que jóven más galante?

Elena — Y su formalidad. (*A Elisa*) ¿No te has fijado hija mía?

Elisa — Sí, hoy parece me ha gustado más.

Federico — Veo que todo va a salir a medida de nuestros deseos.

Elena — Debes amarle siempre.

Elisa — Procuraré corresponder a su amor.

Federico — Así debe hacerse.

Elena — Hoy principia tu verdadera felicidad.

Elisa — Eso creo yo también.

Federico — ¿Llaman? Sí lo habrá oído el criado. (*Se oye un timbre*)

ESCENA V

Federico, Elena, Elisa, Carlos y Pastor

Carlos (*Por la segunda de la izquierda*). Qué se les ofrece.

Elisa Han llamado, ves a ver quién es.

Carlos (*Sale abrir y luego se oye que se saluda con otro*). ¡Querido padre!

Federico (*Preguntándose entre sí*). ¿Quién será este señor?

Carlos Señores *(entrando)* es mi querido padre.

Federico Puede pasar (*entra el pastor*).

Carlos (*Sale a buscarle y entra con él*). Estos son mis señores (*Dírigiéndose a sus amos*). Tengo la inmensa satisfacción de presentarles a mi amado padre.

Federico (*Haciéndole sentar*). Tenemos gran satisfacción en conocerle.

Elena Hace algún tiempo que lo deseábamos. *(Carlos sale por la segunda de la izquierda*).

Pastor (*Mirando hacia tierra*). Mucho tiempo hace que quería venir hacer una visita a Carlos, pero mis continuas ocupaciones me lo impedían.

Elena Claro está; serán tantas sus ocupaciones.

Pastor Pueden creerlo; son tan indispensables que no puedo dejarlas ni un solo día.

Elisa ¿Había estado V. alguna vez en esta ciudad?

Pastor Sí, muy pocas veces y fué cuando era jóven.

Federico Muy bien.

Pastor Pasando a otros asuntos, con su permiso. ¿Cómo se porta Carlos con Vds.?

Federico No hay nada que decir de él.

Elena Es un jóven inmejorable.

Pastor Ha sido desde su niñez muy obediente y cariñoso.

Elena Y que V. con él, se ha portado como el más amante de los padres.

Pastor No he hecho más que lo que debía hacerse por un huérfano.

Elena Creo que es muy sentimental el caso de su encuentro, tanto, que al explicarlo queda envuelto en el mayor misterio.

Federico Especialmente cuando nos contó cómo V. le recibió por hijo.

Elena Fué un caso extraordinario y extraño.

Pastor Con su permiso y sino les sirve de molestia voy a narrarles del modo que le hallé y cómo le encontré al pobre. (*Poniéndose en

posición lastimosa. Federicoy Elena hacen algún movimiento para acomodarse mejor e indican tener interés por la narración). Era en el mes de Agosto, estaba con mis rebaños por las orillas del río, transcurrió la mañana hermosa con la misma tranquilidad que los días anteriores. El sol iba eclipsándose de vez en cuando y en el horizonte se veían densos nubarrones amenazando terrible tormenta; y, observando que me hallaba lejos del pueblo, determiné marchar con las ovejas a la cabaña. Las nuves iban evolucionando despavoridas por la atmósfera y todavía no me hallaba a la otra orilla del río que oí el primer trueno, el camino seguía junto a él largo trayecto, poniéndome detrás del rebaño iba de un lado a otro para que andasen las ovejas mas deprisa y tener tiempo para ponernos en abrigo. Los relámpagos y truenos se sucedían con gran intensidad quedando el anochecer oscuro y envuelto en las mayores tinieblas. Todavía no hacía diez minutos que iba por el camino empezaron a caer las primeras gotas, lleno de angustia para que no se desviara alguna de las ovejas, iba pegándoles con el palo para ir más deprisa. Mis esfuerzos eran grandes por llegar lo antes posible, pero la tormenta dejó descargar con toda intensidad mojándome desde los pies hasta la cabeza, y en medio de mi desesperación oí unos lamentos que salían del río, me aproximé por si repetían y saber de qué lugar salían. Efectivamente, ví un hermoso niño que se había refugiado en una de las cuevas que forman las aguas para librarse de la lluvia.

Elena — ¡Triste situación!

Elisa — ¡Pobrecillo!

Pastor — Viendo que su vida peligraba, le cogí entre mis brazos llevándole a la cabaña. La lluvia continuaba sin cesar, aunque no con tanta intensidad, y poco a poco el horizonte se iba despejando y alejándose la tormenta. Llegados al abrigo le pregunté que hacía allí, quiénes eran sus padres, de dónde era, y a ninguna de mis preguntas pudo cantestar: el pobre estaba desfallecido de hambre. Al día siguiente, fuí preguntando por el pueblo de quién era aquel niño y ninguno de los vecinos le conocía. Compadeciéndome de su triste estado, opté por ahijármelo.

Federico)
Elena) — (*Se quedan pensativos y tristes después de oir la relación*) Nosotros también perdimos un niño en aquella época.

Elena — Los mismos años tendría, poco más o menos, que Carlos.

Federico Todavía no había nacido Elisa.

Elena (*Con tristeza*). Triste y doloroso es para la familia la pérdida del hijo de mis entrañas... Hace veinte años fuimos con mi esposo y el niño, que contaba a la sazón unos cuatro años, con la servidumbre, a veranear a una quinta que nos ofrecieron, próxima al pueblo de que V. es natural. Hacía dos meses que estábamos, cuando una tarde salí con mi esposo a pasear por los contornos y al regresar, era bastante anochecido, preguntamos a los criados por el niño, nos dijeron que toda la tarde había estado jugando en la puerta de la quinta, pero, hacía rato que ninguno le había visto. Empezamos a buscarle por las habitaciones, por el jardín y por los rincones más escondidos de la casa; pero, desgraciadamente no le hallamos. Llenos de angustia y de dolor, dispuse que salieran todos los de la casa a buscarle y como la noche vino a pasos gigantescos, fueron con linternas por todos los contornos y por ambas orillas del río Ancho que pasaba a muy corta distancia de allí; anduvieron toda la noche sin poder saber el paradero, pero nos llamó la atención en una de las orillas estar removida la arena, vimos unas pisadas de niño y supusimos por ello que allí en aquel lugar siniestro había terminado para siempre la vida de nuestro amado hijo. Al día siguiente preguntamos a cuantas personas vimos, y todos nos contestaban negativamente; viendo que nadie nos daba razón de él, nos creímos que se había ahogado en el río. Transcurridos ocho días y cuyo tiempo fué cruel para mi, pensando continuamente en la desgracia que nos afligía y de continuar allí seguramente nos hubiera costado la vida a uno de los dos. Para no vernos en esa angustia, determinamos abandonar aquella estancia para no verla jamás. ¡Ay, hijo de mis entrañas!

Federico ¡El era la felicidad de este hogàr!

Pastor ¿En que día y fecha lo perdieron?

Federico Con exactitud no puedo precisarlo; pero sí recuerdo que sucedió en el mes de Agosto allá el diez o doce.

Elena Yo sí que recuerdo perfectamente el día, fué el once de Agosto en que acaeció aquel triste recuerdo.

Pastor (*Hace algún movimiento y queda pensativo recordando el día y mes en que halló a Carlos*)—Señora yo encontré a Carlos en la orilla derecha del río el día doce de Agosto a las siete de la tar-

de en las circunstancias que los he referido. (*Pensativo y llevándose una de las manos a la frente*) Quizá... ¿No sería por ventura su verdadero hijo el que tienen ahora por criado?

Elena — No lo creo aunque coinciden la fecha que V. halló a Carlos y la pérdida de nuestro hijo; dudo, porque el verdadero nombre es Ignacio. Además tenía en el brazo derecho una mancha que formaba una flor de lis. ¿No lo recuerdas Federico?

Federico — Sí que lo recuerdo. Escuche. (*Dirigiéndose al Pastor*). No le ha visto V. alguna vez el brazo derecho y verle esa mancha que decimos?

Pastor — No, señor; pero he de decirles que el criado no se si Carlos es su verdadero nombre, porque al hallarlo le pregunté su nombre y no supo darme razón y todos los del pueblo empezaron por llamarle Carlos y Carlos le ha quedado. Referente a la mancha no puedo decirles nada por no haberme fijado y no verle nunca el brazo descubierto que seguramente tendría bastante cuidado de que no se le viera.

Federico — Elena, para convencernos de la verdad lo mejor es llamar a Carlos y mirarle si presenta esa mancha en el brazo derecho, es indudable que será nuestro verdadero hijo. No te parece bien así.

Elisa — (*Aparte*)—¡No comprendo esta serie de preguntas! Hablan de Carlos sí... debe ser él. ¡Dios mío cuando misterio que no llego a comprender!

Pastor — Perfectamente; así nos convenceremos todos de la verdadera realidad, si es o no.

Federico — (*Llama en un timbre para que aparezca Carlos y en el momento que viene se levantan todos*).

Elisa — (*Aparte*)—¡Y le llaman!

ESCENA VI

Dichos y Carlos

Carlos — *(Apareciendo por la segunda de la izquierda)* ¿Llamaban señores?

Pastor — Sí. *(Sale a su encuentro y le toma por el brazo presentándolo a Federico y Elena*).—Pueden Vdes. mirarle y observarle si es su verdadero hijo.

Carlos — (*Demuestra algún temor hallándose intranquilo*) ¿Qué pretenden hacer de mí?

Elena — Permita que le descubra el brazo derecho. (*Dirigiéndose a Carlos el cual accede a su súplica y cuando se lo ve igualmente Federico, exclaman*):

Federico) ¡Nuestro hijo aparecido! Gracias señor por tu benevolencia.
Elena) (*Lloran por la alegría de haberlo hallado*).

Elisa — Mi hermano. ¡Qué felicidad! (*Se abrazan unos con otros con gran alegría*).

Pastor — Padres e hijos... envidio vuestro santo placer, derraman ¡lágrimas de amor; reine la paz en esta familia!

Carlos — (*Cuando se abraza*) ¡Padres míos!

Federico — ¡Oh! querido hijo.

Elisa — ¡Hermano de mi corazón!

Elena — ¡Oh que felicidad la nuestra. Nos creíamos no volverte a ver más!

Elisa — ¡Qué dicha encontrar un hermano!

Carlos — ¡Queridos padres! ¡Idolatrada hermana! (*Se abrazan de nuevo. Dirigiéndose a Pastor*) Para mí V. también será mi padre, porque ha desempeñado por mucho tiempo su cargo. Y tu serás hermana mía! (*Con alegría*).

Elisa — ¡Y tu hermano! ¡Hemos llegado al paraíso de la felicidad!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I

Federico y Elena

Federico (*Sentados los dos*)—Hace seis meses que llegó nuestra felicidad.

Elena Tienes razón.

Federico Tanto es así que parece que hemos rejuvenecido. Yo, por mi parte he de confesar que parece que estoy aún en los veinte años.

Elena Lo que importa ahora y siempre es dar gracias a Dios por su hallazgo. Yo creo que Dios nos lo ha devuelto. Desde que lo perdimos no ha pasado una noche sin rezar a Dios, por él, algunas oraciones. Parecía que me decía el corazón que algún día le volvería a ver.

Federico Todo lo debemos al Pastor, a ese buen hombre.

Elena ¡Qué innumerables sacrificios se habrá impuesto por él! y que sincero parece ser el amor que se profesan.

Federico Bien lo han demostrado siempre que viene Salvador; se abrazan como si no hubieran de verse jamás.

Elena Desearía Ignacio que Salvador estuviera en nuestra casa como todos lo deseamos; pero él no puede vivir en nuestra compañía.

Federico Todos lo sabemos muy bien. Después de cuatro meses en esta casa, tuvimos que dejarle marchar porque sino hubiera muerto de añoranza.

Elena	Así es.

Federico	¿Te has fijado en la felicidad de nuestra hija?

Elena	En los cuatro meses que llevan de matrimonio no se ha quejado una sola vez en ningún concepto.

Federico	Y nos dá las gracias continuamente por la felicidad que le hemos proporcionado.

Elena	Solo Dios fué quien nos inspiró que no le permitiéramos casarse con su hermano. Si hubiéramos accedido a sus deseos, hubiera causado a todos una impresión horrible. Ello hubiera sido nuestra mayor desgracia.

Federico	¡La muerte sin duda me hubiera causado! Solo nos queda colocar a Ignacio y buscarle una jóven de sus condiciones.

Elena	Que sea rica y hacendosa desde luego.

Federico	¿Sabes tu si tiene ó ha tenido relaciones con alguna?

Elena	Nada absolutamente, pero creo que no; porque ya nos lo hubíera dicho.

Federico	Hace algún tiempo que estoy observando que a menudo recibe cartas muy extensas que lee muchas veces con sumo interés.

Elena	No hay que hacer caso por tan poquita cosa; pueden ser cartas de sus amigos que le recordarán con frecuencia.

ESCENA II

Dichos y Pastor

Pastor	(*Por el fondo*) Dios gracias.

Federico	Parece que han llamado y se oye además ruido.

Elena	¡Hola Salvador! Aquí nos tienes. (*Se levantan*).

Pastor	¿Cómo se encuentran desde mi última visita?

Federico	Buenos todos a Dios gracias. ¿Cuántos días sin verlo por aquí.

Elena	Ya principiábamos a impacientarnos.

Pastor	No teman Vdes. nada. Ignacio ¿dónde está?

Federico	Ha salido e ignoramos cuando estará de vuelta.

Elena	Usted siempre lo mismo; vida campestre.

Pastor	Muy bien han podido convencerse que el campo es para mi la mayor felicidad; la vida campestre es la mejor que se conoce; en verano, busco la sombra y el sol en invierno; en verano de fuentecilla en fuentecilla voy pasando los días en estos manantiales junto a ellos a la sombra de corpulentos árboles; me-

acuesto para satisfacción de la pasión del sueño y al despertarme encuentro ahí a todas mis ovejas que cual yo buscan los sitios más frescos en las horas de calor y pronto se declinan los rayos solares, ellas mismas se van extendiendo los pastos hasta que llega el crépúsculo vespertino y que reunidas se dirigen a sus parideras sin olvidar el recuerdo de las fuentes que encuentro a mi paso para sentarme algún tanto y descansar de las fatigas, hasta que por fin nos encontramos todos al final de la jornada.

Federico — Cada uno piensa y cree que su vivir es el mejor que el de los demás yo, no sabría acostumbrarme a la vida de los pueblos dado que siempre he visto el bullicio de las capitales, ese movimiento de carruajes que parece que se disputen el camino, indicando una vida activa.

Pastor — ¿Qué importa ese movimiento, esas bellezas que encierran algunas capitales? comparadas con los panoramas, arroyos, montañas, selvas y bosques que en conjunto forman esa naturaleza que deja admirados a cuantos seres viven y que debemos darles un tributo.

Elena — Cuanto dices es real, pero a nosotros se nos haría imposible.

Federico — Tanto, que hasta llegaría a causarnos la muerte.

Elena — Obligarnos a ella sería esclavizarnos.

Pastor — Todos en el mundo tenemos nuestras costumbres, completamente distintas. Solamente he venido para tener el gusto de saludar a Ignacio.

Federico — Y con sus saludos un fuerte alegrón al saber que ha estado usted aquí.

Elena — Esperamos que no tardará V. en volver a vernos.

Federico — No se haga perezoso, venga por aquí con más frecuencia, quedando además Ignacio completamente agradecido.

Pastor — No tienen motivo para reclamar mi presencia más a menudo.

Federico — Le consideramos como de nuestra familia.

Elena — Nuestro hijo nos dice invariablemente que tiene dos padres y una madre y a los tres los aprecia con delirio.

Pastor — Le conozco a fondo para dudar de su amor. Tendría deseos de verle, pero los asuntos son muchos y me impiden detenerme.

Federico, Elena — Así lo creemos.

Pastor — Hasta otro día. (*Sale por el fondo*).

Federico)
Elena) Dios os guarde.

ESCENA III

Federico y Elena

Elena — Salvador siempre cuenta lo mismo, que si los montes, que si los ríos, las fuentes, el sol.

Federico — Ellos conocen todas las mudanzas como el mejor astrónomo.

ESCENA IV

Dichos e Ignacio

Federico — (*Por la primera de la izquierda*). Ignacio ha regresado ya.

Elena — ¿Por qué habrá tardado tanto?

Ignacio — Queridos padres, sino he regresado antes ha sido por serme materialmente imposible.

Federico — Nada hemos perdido.

Ignacio — De lo que me alegro. (*Abrazándoles*). Les quiero de veras y en prueba de que les quiero he de manifestarles un secreto que oculto entre los pliegues de mi corazón.

Federico — Tú dirás.

Elena — Dí, que ya estamos con ansiedad.

Ignacio — Es un secreto que se refiere a toda la familia, y es ello que hace ya mucho tiempo encontré en el mar de la vida una hermosa perla que hirió profundamente mi corazón.

Federico — ¿Y quién es la perla que ha herido tu corazón?

Ignacio — Es de carácter muy bondadoso.

Elena — Y será rica.

Ignacio — No, mamá, es natural del pueblo de a quien yo llamaba padre. Muerto su padre cuando contaba un año de edad; dos años después su madre dejó de existir ¡pobre desamparada! únicamente quedóle una tía, la recogió, conduciéndola después de muchos trabajos a un colegio para que la educaran unas monjas; allí estuvo hasta la edad de once años. Un día oí hablar de ella, diciendo mañana llega a esta casa la sobrinita de Felipe, era mujer conocida de todos los de allí. Quise preguntar por dicha joven y de lo que me dijo bastó para llenarme de tristeza. Al día siguiente llegó acompañada de su tía; todos quisimos saludarla; ella se encontraba llena de temor, apenas habló; quisieron reirse, empezando desde entonces a llamarla la pequeña

monja. Transcurrido algún tiempo las burlas eran para ella siempre; yo sufría de compasión hasta q·ie llegó en que no pude más y me arroje a defenderla. Un día llorando díjome: Carlos, yo quisiera estar siempre a tu lado; solo a tu lado no se burlan de mí, que haces que eres tan bueno para las pobres; más le conté mi vida y mi historia. De allí nació nuestra amistad que más tarde fué creciendo y envuelta en fuego. Dado nuestro amor falleció su tía la que guardaba respeto a nuestra felicidad; entonces nuestro sexo ignoro porque quiso imponerse intentando destruir nuestra felicidad. Nosotros llenos de penas por habernos puesto en estado tan miserable le dimos una negativa, nos arrojó de su casa. Quisimos preguntarle la causa pero ninguna quiso manifestar. ¡Cuando empiezo a pensar las vicisitudes desde que huimos de aquel lugar de lucha y discordia en unión de Josefina, por esos mundos de Dios, para encontrar trabajo y albergue en algunos de los pueblos, que sirven de limite a esta ciudad. Durante este espacio la peregrinación fué intensa el hambre iba aumentando de día en día a paso gigantescos y gracias a la piedad de unos y al amparo de otros, pudimos vivir los dos con la miseria de los que no tienen abrigo. ¡Que triste es la vida para los desamparados! Los dos pidiendo de pueblo en pueblo; en unos nos daban en otros nos desconsolaban negándonos lo que tanta falta nos hacía para recuperar nuestras fuerzas perdidas por el cansacio, lo que me destrozaba y partía el corarón, era esa infeliz víctima del amor cuando me decía: «Carlos, no prosigas más el camino», yo no puedo continuar, observo que mis ánimos van decayendo y no podré llegar a la ciudad. La infundí valor con palabras amorosas que haciendo un pequeño esfuerzo llegaríamos. Como estábamos a pocos kilómetros de distancia, por el lugar en que nos hallábamos pasaba una tartana con sus viajeros, le hice parar para hablar breves momentos con quien le guiaba y exponerle mi triste situación y el estado material de Josefina. El hombre obedeció a mi súplica, paró, escuchó mi ruego y movido de piedad me dijo que podiamos subir. Puestos en marcha observé que me hizo un movimiento de cabeza indicándome que fuese a su lado, obedecí y me dijo: ¿De dónde es usted? Le expliqué quién era mi padre y las causas de mi huída de nuestro pueblo natal; igualmente le fuí narrando el hambre, la miseria y los padecimientos sufridos por las inclemencias del tiempo... Oidas mis miserias me dijo con la ma-

yor alegría: «Conozco a tu padre, no te apures que tan pronto lleguemos a la ciudad salvaré tu miserable estado, la miseria que pasáis los dos»; un rayo de iluminación llegó a mi corazón al oir aquellas manifestaciones, luego me presenté a mi casa sin saberlo.

Elena — Equivocastes nuestros deseos Ignacio. En vez de alegría, es tristeza lo que has hecho nacer en nuestros corazones; nosotros no permitiremos jamás que pases adelante en este asunto.

Federico — Te lo prohibo, desde luego, terminantemente.

Ignacio — ¡Padres! es una jóven digna de todo amor; su corazón es bueno, humilde, amoroso, quiero que me permitan su presentación.

Federico — Cuando quieras puedes conducirla aquí.

Elena — Sólo y con el único fin de ver su presencia personal.

Ignacio — Hoy mismo se la presentaré para que la conozcan y para complacerlos. Voy en su busca, luego estaremos de regreso. Hasta luego.

Federico — No te hagas esperar demasiado.

Ignacio — Unos momentos. (*Sale*).

ESCENA V

Federico, Elena y luego Luis

Elena — Claramente se deduce de sus palabras que Ignacio está loco por esa jóven.

Federico — ¡Qué desgracia! Hay que apartarle de esta idea. ¡Jamás permitir podremos, que entre por esposa esa jóven mundana en esta casa!

Elena — De ningún modo; y especialmente, careciendo los dos de una instrucción correspondiente a su rango. Toda la culpa sería nuestra. Por todos los medios que estén a nuestro alcance, hemos de procurar de desuadirle de sus pretensiones.

Federico — Eso y algo más; ¡yo que tanto he sufrido durante su trabajosa vida! Y su pensamiento persiste y no parará hasta conseguirlo. (*Se dirije a Elena*).

Elena — Duros son los trances de la vida... ¡Con ella! No, eso no; tenemos que oponernos tenazmente, despreciándola, hasta que llegue a aborrecerla. (*Marchan*).

ESCENA VI

Ignacio y Josefina

(*Entran por la segunda de la izpuierda*)

Ignacio — Muchas son las preguntas que me han hecho. (*Admirado)* ¡No

se hallan en casa mis papás!.. Creo que el regreso te ha sorprendido; además, permaneces inquieta... Ya se aproxima el día en que serás la más feliz de las mujeres.

Josefina (*Debe hacerse cargo de la escena*). ¡Es magnífica vuestra casa!

Ignacio ¡Y la tuya! donde sembraremos los árboles que se nos parezcan; luego clamaremos la admiración de cuantos admiraron nuestras miserias.

Josefina Yo no creo cierto nuestro enlace...

Ignacio ¡Acaso dudas!.. Dime, ¿cuando crees que será?

Josefina Si, no puedo ocultarlo; hace poco que una noche soñé que delante mis ojos apareció una mujer, que por el sueño creí ver a mi mamá, que al cielo sea, y empezando por hablarme, fueron muchas sus preguntas y terminó diciéndome: «¿Te cansa la vida hija mía?» Yo dije: «No, mamá». Y luego me dijo que sería muy feliz y desapareció. Yo marché al campo; por el camino me hallé contigo, me cogiste por el brazo seguida de tu amor y hablándome, se me reapareció de nuevo y te dijo: «¡Te burlas de mi hija!» Tu marchaste de mi lado para siempre; desconsolada, quedé a su lado, y díjome: «¡No llores, hija mía; vé poco a poco por el camino de la vida, que los días buenos harán renacer tu flor; cuando a solas recuerdes tu soledad, aprende a echar la mirada hacia atrás y verás quien vá en busca de tu amor.» ¡Nunca olvidaré aquel triste sueño!

Ignacio Te he comprendido; bien sabes que te amo, que te amo más que a todo lo existente, que mi condición y riquezas; sin tí, no podré aumentar mi felicidad. ¿Qué haría yo sin tí, dulce prenda mía? Sí placeres, alegrias, riquezas, nobleza, sin tí, ¿qué serían Para mí, más que pena? Por tí siento un amor grande. Nunca, jamás olvidaré los días de nuestra infancia.

ESCENA VII

Dichos y Elena y Federico

(*Elena y Federico entran*)

Ignacio (*Dirigiéndose a sus padres*). ¡Papás, aquí tienen en su presencia a la dueña de mi corazón.

(*Federico y Elena, desde que la ven, ponen su vista fija en ella, indicando observaciòn*).

Josefina (*Con temor de hablar*). Tenía muchos deseos de conocerles personalmente; desde el momento que Ignacio me participó haber encontrado a sus padres., fué tanta la alegría que sintió mi corazón...

Federico Gracias, por sus nobles deseos.

Elena La suerte lo quiso así, pero nuestra felicidad peligra todavía.

Josefina Dios quiera que no sea así y que la felicidad reine en esta familia hasta el último de sus días.

Ignacio Y que ella sea para todos.

Josefina Aún después en la otra vida.

Federico Así sea.

Elena Por siempre jamás.

Josefina ¿Y qué más quisiera yo?

Ignacio (*Presentándole una silla*) Siéntate aquí.

Josefina Sabes muy bien que solo he venido ha saludar a tus padres, y no puedo estar más aquí.

Federico Como V. guste.

Elena ¿Las obligaciones suyas no puede dejarles para otro día?

Josefina De ninguna manera. (*Dàndoles la mano*). He cumplido con un deber da cortesía viniéndoles a conocer personalmente, y cumplido este deber, permítanme retirarme.

Elena Como V. guste.

Ignacio Pronto estoy de vuelta. (*Los dos salen por el fondo*).

ESCENA VIII

Federico y Elena

Federico ¿Qué te ha parecido?

Elena Que la pretende.

Federico No aparece su gracia y galantería por ninguna parte. Todo ello no es más que pasión. ¡Oh, infelíz, qué desgraciado será!

Elena Hay que oponerse enérgicamente para ver si desiste, y poner en juego cuantos medios nos pueda surgerir para obligarle a cambiar de manera de pensar.

ESCENA IX

Federico, Elena e Ignacio

Ignacio (*Por el fondo*). Ya estoy de vuelta otra vez. Vengo de acompañar a Josefina hasta la puerta.

Federico Tu siempre por ella.

Elena Sin dejar el mismo tema.

Federico Siéntate y escucha.

Elena Hemos de hablar entre nosotros.

Federico No debes contraer matrimonio con esa jóven. Escucha a tu

padre por tu bien; eres rico, eres de casa de grandes como lo fueron tus abuelos. Por esposa has de elegir una jovén rica, de tu posición y, en una palabra, proporcionada a lo que te pertenece, y esto ha de ser así si quieres nuestra felicidad.

Elena — Tu padre tiene sobrada razón; además, que somos tus padres y como no ignoras, que un buen hijo ha de seguir los consejos de sus padres.

Ignacio — (*Indígnado*). ¡No prosigáis! La amo con toda mi alma, con todo mi corazón y no puedo, es más, ni quiero, amar por hoy a otra mujer. ¡Le dí palabra de honor, y ella me ama, y por ella, por su amor, daría gustoso la última gota de mi sangre.

Federico — ¿Qué estas diciendo? ¡Miserable! ¿Así correspondes a nuestros desvelos?

Elena — ¡Por Dios, hijo mío, deja este asunto y no hables más de el!

Federico — Ya me duele la cabeza.

Elena — Lo mismo yo. (*Llorando*). ¡Desgraciados!

Federico — Este disgusto nos costará la muerte. (*Salen por la primera de la derecha*).

Ignacio — ¡Padres! ¡Queridos padres! ¡Qué mal me estoy portando con ellos! (*Con tristeza*). Los amo de verdad y, sin embargo les disgusto. ¿Eso es portarse como un buen hijo? ¡Jamás! (*Dirigiéndose tras ellos*). ¡Perdón, queridos padres, perdón!.. ¡¡Lloran por mi culpa!!..

TELÓN



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto

ESCENA I

Ignacio

Ignacio (*Paseándose*). ¡Pobres padres! ¡Cuánto lo siento! ¡Si soy malo para ellos, peor mil veces sería para los demás! ¡Soy un desgraciado! ¡Un infelíz! (*Llorando*). Quisiera no disgustarles en nada, pero ¿y Josefina? ¿Habré de dejarla, de abandonarla para siempre? ¡Esto tampoco es posible! . Sí; obedeceré a mis padres.-He de dejar a Josefina.

ESCENA II

Ignacio, Federico y Elena

(Federico *y* Elena *por la primera de la derecha, con las manos en la frente*).

Ignacio ¿Ya se han levantado, papás? Creo que no debían moverse todavía de la habitación?

F. y Elen. (*Sentándose en las mecedoras*). Nuestra enfermedad no ha sido sino por los disgustos. Fué grande la desesperación que nos causó tu negativa a obedecernos.

Ignacio Mucho lo siento, en verdad. Todo lo causó mi desobediencia a sus consejos.

Federico Nosotros por lo mucho que te apreciamos, te dábamos unos consejos.

Elena ¡Y no querer dejar el amor de aquella jóven! Crees que no sabemos lo que te conviene. Estamos convencídos que es una locura el unirte en matrimonio con esa jóven.

Ignacio Es una pobre jóven.

Federico Por eso te decíamos ..

Elena ¿Y qué determinas?

Ignacio Todo mi interés en este momento, es que Vds. no se disgusten.

Federico Si nos das esperanzas de cambiar de parecer, seguramente, nos restableceremos muy pronto.

Ignacio Sigan, pues, por este camino, dispuesto estoy a obedecerles.

Elena Eso quisiéramos nosotros.

Federico Y así nos veríamos y nos sentiríamos felices y contentos. Ven, pues, a nuestros brazcs, y no olvidaremos jamás el día en que abandonastes esa ilusión para seguir los consejos de tus padres.

Ignacio Dispuesto estoy a sacrificar por ustedes mi amor a Josefina.

Federico Dinos, ¿prometes de verás que la olvidarás para siempre?

Ignacio No sé si podré conseguirlo; pero, por Vdes. estoy dispuesto al sacrificio.

F. y Elen. (*Abrazándole de nuevo)*, Ese es nuestro empeño.

Ignacio Pero, retírense, no sea que les pruebe mal el estar tanto tiempo fuere de la habitación.

Federico ¿Te asusta?

Elena Retirémonos cuanto antes. Vámonos de nuevo. *(Salen por primera derecha*).

ESCENA III

Ignacio

Ignacio (*Paseándose*). No puedo vivir más tiempo así. Esta vida se me hace cada día más insoportable. (*Sentándose)*. Mi corazón está reservado y abierto por el dardo del amor; mi corazón está inundado de amarguras. Pero, ¿qué voy a hacer en tal estado? ¡Dejar a mi amada contra mi santa voluntad y ceder a la voluntad de mis padres? (*Levantándose y paseàndose de nuevo*). ¡Imposible! No puedo arrancar de mi mente su fascinadora mírada ni apartar dė mi pecho enamorado su bella y delicada imágen. No, no puedo, ¡imposible! (*Se pone las manos en la frente y queda un momento pensativo y por fin da una carcajada indicando que se vuelve loco)*. Pero, ¿qué me pasa? Por mi frente corren gotas de sangre, me quema horriblemente y no puedo sostenerme en pie. (*Va por la escena haciendo algunos movimientos propios de demente y por fin entra en su cuarto como por casualidad. Pasan breves momentos de silencio.*) (*Desde dentro*). ¡Padres, padres, ahora si que me uniré con mi amada, des pués de tan largo tiempo! ¡No puedo olvidarla, la veo siempre ante mis ojos, oigo su voz! ¡Contigo siempre, contigo siempre, siempre!.. (*Desde dentro se oyen sus padres*).

ESCENA IV

Luis, Federico, Elena e Ignacio

Federico ¡Calla! ¿Qué pasa? (*Desde dentro*).

Elena ¡Ignacio! ¡Ignacio! (*Desde dentro*).

Federico No contesta. (*Dentro*).

Ignacio Vamos a buscar a Josefina para conducirla al pie del altar. (*Dentro*).

Federico (*Dentro*). ¡Todavía se oye más fuerte!

Elena (*Dentro*). (*Llama al criado*). ¡Luis! ¡Luis!

Luis (*Sale y se dirige a la habitación de las señores, quedando en la puerta*). ¿Qué se les ofrece?

Federico (*Dentro*). Dí a nuestro hijo que nos molestan sus gritos.

Luis (*Pasando a la habitación de Ignacio*).

Ignacio (*Dentro*). Ahora sí que seremos felices y ¡para siempre!

Luis (*Sale muy preocupado y se dirige de nuevo a la habitación de los señores*). Su hijo lleva el mejor vestido, me pide el sombrero y los guantes.

Federico ¿Qué dices, Luis? (*Dentro*).

Elena (*Dentro*). ¿Qué sucede hoy en esta casa?

ESCENA V

Federico, Elena e Ignacio

Ignacio (*Sale gritando*). ¡Ya se acerca el momento de mi enlace con Josefina! ¡Padres! ¡Padres!.. ¡Quiero vivir!.. ¡Sin ella... ¿sin ella para qué la vida! ¡Padres! ¡Padres!.. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

F. y Elen. (*Salen muy aprisa y gritando*). ¡Qué es lo que le pasa a nuestro hijo!

Ignacio (*Al verles les va a abraz r*). ¡Corramos que se hace tarde!

F. y Elen. (*Llorando y elevando las manos al cielo*), ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Sus miradas las dirigen como atemorizados*). ¡Hijo mío no digas eso!

Elena ¡Sácanos de esa pena!

Federico (*Gritando*). ¡Ignacio! ¡Ignacio!

Ignacio ¡Padres! ¿Cómo lloran habiendo llegado nuestra felicidad! (*Se dirige corriendo hacia la puerta*). (*Federico, Elena y Luis corren tras el, le cogen y sujetándole impiden que salga*).

Federico ¿A dónde quieres marchar, hijo mío?

Ignacio (*Exaltado y demostrando locura*) Observen. ¿No ven cómo Josefina me espera con los brazos abiertos? Pero, no, no; dejarme en paz, no vengan, que para nada los necesito. ¡Quisiera transformarme en un ligero ciervo, ir por las montañas y colinas

para buscar a mi amada, pedirle perdón, besarle los pies; muy pronto la veré, la estrecharé entre mis brazos, la sentaré sobre mis rodillas y seremos los dos eternamente felices!

Federico (*A Luis*). Vaya en busca del pastor inmediatamente y dígale que Ignacio está un poco delicado. En su cabaña le encontrará seguramente.

Luis (*Sale corriendo*). Voy inmedatamente.

F. y Elen. (*Le obligan después de algunos esfuerzos a entrar en la habitación*). Vamos a la habitación, estás enfermo del corazón; pronto tendrás a tu lado a Josefina que vendrá a verte.

Elena Pronto podréis uniros con el santo enlace.

Ignacio ¿Cuándo vendrá? (*Riendo*).

Federico Pronto. (*Todavía riendo Ignacio, le hacen entrar en su habitación, encerràndole*).

ESCENA VI

Federico y Elena

Federico Nosotros tenemos la culpa.

Elena (*Llorando*). No cabe ninguna duda.

Federico Y por lo mismo merecemos terribles castigos, porque nuestras pretensiones han puesto de este modo a nuestro hijo.

Elena Por quererle con exceso le hemos perdido; de todos modos el más culpable eres tu, que te opusistes más tenazmente a sus amorosos proyectos.

Federico Te engañas; no quieras disculparte. ¡Si delante del pastor me haces responsable del estado miserable en que se encuentra Ignacio, te juro, que te acordarás de mí!

Elena ¿Qué quieres que le diga, pues?

ESCENA VII

Dichos y Salvador

Salvador (*Entra con el criado por el fondo*). ¿Què pasa? ¿Dónde está Ignacio? ¡Deseo verle! (*Todo muy aprisa*).

Federico En su habitación. ¡Y en qué estado!..

Salvador (*Dirigiéndose apresuradamente a la habitación de Ignacio*). (*Escucha en la puerta*). ¡No se oye nada! (*Empuja la puerta y entra precipitadamente en la habitación, saliendo poco después con Ignacio*).

ESCENA VIII

Dichos e Ignacio

Salvador ¡Ven a mis brazos; te creía yo que habías pasado de la escena de

los vivos. ¿Porque lloras querido hijo?

Ignacio — Lloro, lloro al recordar su amor, al recordar los días tranquilos de mi infancia en su amable compañía. Por eso lloro; porque al verle considero más la ternura de su corazón; lamento porque mis padres se oponen a que dé mi mano a la compañera de mi infancia y de mi infortunio; que vive y vivirá siempre Josefina en mi corazón.

Salvador — ¿Y porque causa pretenden Vds. impedir ese enlace?

Ignacio — No me dejan con libertad, no quieren a Josefina porque es pobre ¿que culpa tiene ella?

(Salvador mira a los padres que están sentados, llorando con mirada torva. Llorando también entran en la habitación de Ignacio, donde están breves momentos. Mutís)

ESCENA IX

Federico y Elena

Elena — Que mal nos hemos portado con Ignacio.

Federico — ¡Dios mío! será esta la causa de que perdamos a nuestro hijo.

Elena — Y para siempre tal vez. *(Solloza)*

ESCENA X

Dichos y Salvador

Salvador — *(Sale de la habitación, cerrando tras sí la puerta, quedándose inquieto)* Por lo que ha dicho he comprendido la causa de su locura; es enteramente vuestra la culpa. Y aun que no esté en mi casa ello no me privará de enterarme de vuestros mismos labios del modo que habeis procedido con él. Yo os lo devolví para que fuera vuestra felicidad; parecía que solo viviríais por él y habeis hecho con vuestras imprudencias arrebatarle la razón. ¿Donde está aquella felicidad? En lugar de delicias y felicidades, sólo disgustos y sinsabores ha padecido a vuestro lado. Yo traje la felicidad a esta casa, a esos corazones paternales y no habéis sabido guardarla, lo habéis arrojado de vuestro corazón y también de vuestra casa. ¿Que habéis sacado de llevarle la contraria? Ahora comprenderéis que vale más siempre el más pobre corazón que la mayor suma de dinero. ¿Que haréis de vuestras riquezas, si todas ellas no bastarán para curar a vuestro hijo ni para que vosotros recobréis jamás la tranquilidad, siempre os remorderá la conciencia?

Federico — Somos culpables.

Elena — Justo es que Dios nos castigue terriblemente.

Federico Es exacto pero que no sea en la otra vida.

Salvador No puedo permanecer más aquí. Me marcho.

Federico No lo permitimos.

Elena Ya marcharemos nosotros.

Federico Marcharemos de aquí a llorar nuestra debilidad.

Salvador Llorad por vuestro hijo... ¿y que aliviareis en ello?

ESCENA XI

Salvador y luego Ignacio

Salvador Ha perdido la razón. Amaba a Josefina ardientemente y la pasión del amor era ya tan tierna, que al observar no podía cumplir con su amante, ha sido su completa ruina y así como dos árboles endere-rezados se prestan su sombra para vivir, así Ingnacio y Josefina habían de vivir los dos juntos o morir si se separaban. La primavera es la epoca de la floiación; pero en la primavera de Ignacio, florecieron las flores del cariño pero acompañadas de la espina de la desesperación que mató la pasión del amor. ¡Pobre Ignacio! llegar a este estado.

Ignacio (*Llamando fuertemente a la puerta*) ¡Abrid! *Salvador abre; entra Ignacio con la vista muy revuelta y deprisa*) Padre mío, padre mío. (*abrazandose)* Ahora le quiero más que nunca.

Salvador Y yo también; por tí estoy lleno de pena y desosiego. Ven otra vez a mi lado; la culpa de tu estado es mía por haberte dejado en esta casa, si yo te hubiera dejado a mi lado; sí, te dejé por la felicidad de todos. (*Enjugandose los ojos)*.

Ignacio (*Riendo sarcasticamente*) Yo... yo... yo...

Salvador Calla que mata esa risa.

Ignacio Quiero marcharme.

Salvador ¿Y a donde quieres ir?

Ignacio Al río.

Salvador No puedes salir de aquí.

Ignacio ¡Al río! ¡Al río! (*dandole un empujón, corre el Pastor le coje*),

Salvador Espera, te acompañaré.

Ignacio Ahora mismo.

Salvador Los dos juntos esperemos, (*Después de algunos esfuerzos le encierra en la habitación de nuevo.*

ESCENA XII

Salvador, Josefina y luego Ignacio

Salvador (*Muy triste se sienta*) ¿Quién se acerca aquí?

Josefina (*Por el fondo*) Yo soy, Josefina que vuelve a pisar esta casa. ¿Me engañaron tal vez?

Salvador Todo es verdad.

Josefina ¿Donde está Ignacio? ¡Quiero verlo! (*corriendo mira por todas partes*).

Salvador Es imposible.

Josefina (*Gritando*) ¡Ignacio! ¿Donde te encuentras? Dimelo para arrojarmo a tus pies (*Llorando*) ¡Jamás te veré! (*Saca su retrato y le mira fijamente*) ¡Ignacio! (*Le besa y le oprime sobre su pecho*) Quién había de esperar (*vuelve a mirar el retato*) Sólo en la tumba terminará mi amor. Tu retrato estará siempre unido a mi corazón; será una reliquia de inapreciable valor como prueba de nuestro amor. (*Besa de nuevo el retrato y se desespera*)

Ignacio (*Dice algunas palabras desde la habitación a juicio del actor*)

Josefina (*Oye la voz de Ignacio*) ¡Oigo su voz! (*Corriendo se dirige a la puerta de la habitación que cierra a Ignacio, gritando*) ¡Ignacio adorado! (*Dando fuertes golpes en la puerta y de pronto se dirige a Salvador*) ¡Abrid; abrid pronto esa puerta!

Ignacio (*Desde dentro*) ¡Josefina! abre, abre para abrazarte y contemplarte (*Los dos signen golpeando la puerta, cuando Salvador se dispone abrir ellos la abren con furia*) ¡Josefina!

Josefina ¡Ignacio mío! (*Con fuerza se abrazan. Ignacio se deja caer y breves momentos esta en el suelo riendo locamente... Josefina después que lo contempla se pone al instante a llorar locamente*).

Ignacio (*Con seriedad*) ¿Porque lloras a mi lado? Habiendo llegado el plazo de nuestra vida, vámonos los dos. (*Cogiéndola*).

Josefina ¡Espera Ignacio!

Ignacio (*Con energía*) ¿Para que esperar? Vámonos.

Josefina Sí, vámonos a la protección de tu enfermedad.

Ignacio (*Tomandola de nuevo con energía tira de su brazo y luego que que se ha dispuesto a su marcha)* Corramos.

Josfina Dime donde vamos.

Ignacio (*Después de reirse*) Al pié del altar allí, vamos. (*Llevandosela Salvador grita lleno de terror*) Nos marchamos de tu casa (*De proto da vuelta*) ¿Y mis padres? ¡Ah! no te quiero (*Lanzandola*) No te amo (*Llorando*) No quiero disgustar a mis padres, debo obedecerles, son mios, mios. Te desprecio... te aborrezco (*riendo locamente*)

Josefina No, no me desprecies, ¡te amo!

Ignacio (*Con seriedad*) ¡Te desprecio! (*Josefina se arroja con furia de nuevo en sus brazos, Ignacio le da un empujón separandola; luego cae desesperaaamente en el suelo*).

Salvador (*Empuja a Ignacio que sigue riendo y le cierra de nuevo después se dirige a Josfina que continúa desmayada, cogiendola*) Sale fuego de su corazón, necesito apagar ese fuego para salvarla ¡Agua!, (*Sale por la primera de la izquierda precipitadamente, pero de pronto se detiene y vuelve*). No quiero darle agua de beber de esta casa, sería veneno; nada mejor que sacarla al aire. (*Cogiendola se la lleva por el fondo. Mutis*) Pobre Josefina yo seré tu amparo.

ESCENA XIII

Federico, Elena e Ignacio (dentro)

Elena Dios nos castigó a todos; queríamos más felicidad de la que teníamos con nuestro hijo y no contentos con nuestra suerte, buscamos la felicidad en la riquezas.

Federico Nuestro hijo aunque jóven tenía experiencia.

Elena Hubiera sido una gloria para nosotros.

Ignacio (*Desde dentro dà fuertes golpes*) ¡Abrid, padres, padres!

Federico ¡Hijo de mi corazón!

Elena Ya están bien cerradas las demás puertas.

Federico Todas (*Abre la puerta*)

EXCENA XIV

Dichos e Ignacio

(*Ignacio sale de su habitacion muy deprisa y se dirige al fondo para salir, pero encuentra cerrada la puerta; vuelve corriendo hacia sus padres y abraza a su madre; Federico corre adelante huyendo de miedo*)

Elena ¿Que te sucede hijo mío?

Ignacio (*Riendo*) Yo quiero morir. No quiero a Josefina porque quieren Vds. y no serían felices. Quiero morir pronto (*Solloza*)

F, y Elena No prosigas hijo mío.

Ignacio ¡Queridos padres! ¡Cuánto he sufrido y cuánto sufro; y ustedes también sufrirían mucho cuando me dieron a luz y cuando me iban buscando! ¡Padres! ¡Quiero morir; pero, antes quiero darles el más tierno adiós a los que fueron en busca de mí aquel día de mi pérdida.

Federico Es imposible, hijo mío. Han transcurrido veinte años desde que

te extraviaste.

Elena — No vive casi nadie de cuantos nos ayudaron a buscarte cuando te perdiste.

Federico — El uno murió en los días de sus ilusiones, el otro murió luchando por vida, otros han fallecido cargados de años.

Ignacio — ¡Cómo puede ser que en veinte años hayan desaparecido tantos de la escena de los vivos?

Federico — El mundo cambia como las hojas de los árboles.

Ignacio — (*Llorando*). ¡Qué buenos son los hombres! ¡Quisiera a todos pedirles perdón y no puedo!.. Voy a acabar con mi vida, y ahi dejaré un recuerdo, donde hace veinte años me dejaron por perdido y muerto... allí me dirijo. (*Marcha*). (Elena, *cogiéndole de la mano hace esfuerzos por detenerle y ayudada por* Federico *le hace entrar en la habitación*).

Ignacio — ¡Al río! ¡Al río! ¡Allí quiero morir; en el mismo lugar que me creyeron perdido; allí, sí, terminaré mi vida y dejaré un recuerdo para que los padres digan a sus hijos: aquí murió Ignacio, el hijo de los marqueses de Febrás! (*Cierran la puerta*).

Federico — Nuestro hijo está gravísimo y es preciso que lo comuniquemos a nuestra hija Elisa y al pastor. Podrá hacer trizas las puertas y matarnos a los dos.

Elena — Fuerza tiene para ello.

Federico — Con urgencia, voy a comunicárselo.

Elena — ¿Y cómo lo vamos a verificar?

Federico — Mientras el criado salga por el pastor, nosotros iremos por nuestra hija. (*Toca el timbre y aparece Luis por la segunda de la izquierda*).

ESCENA XV

Dichos y Luis

Luis — ¡Señores!

Federico — Vé en busca del pastor.

Luis — En seguida. (*Sale por el fondo precipitadamente*).

Elena — Cerremos bien las puertas. (*Cierran las puertas y salen por el fondo*). Prono estaremos de vuelta. (*Queda la escena sin nadie*).

ESCENA XVI

Ignacio

Ignacio — (*Da fuertes golpes a la puerta y la destroza, saliendo corrien-*

do. Abre el cajòn de la mesa y saca un puñal. Corre hacia el fondo). ¡Adiós, padres míos, hermana, casa, voy a morir por fin! ¡Adios! (*Después de muchos esfuerzos no puede abrir la puerta del fondo. Se queda un poco sereno y con el puñal en la mano*). ¡Sí, allí fué donde me hallaron... y nació la esperanza de muchos al encontrarme!.. (*Pausa*). ¡Y esta esperanza conmigo muere!..

ESCENA XVII

Federico, Elena, Manolo, Pastor, Elisa, Josefina y Luis (*Todos por el foro*)

F. y Elen. ¡Oh, hijo mío! ¡Nuestro querido hijo bañado en su propia sangre!

Manolo)
Elisa) ¡Hermano, víctima del amor!

F. y Elen. ¡Hijo mío, cuánto sufriste a nuestro lado!

Elena)
Elisa) ¡Hijo! ¡Hermano! ¡Ya no te veremos más!

Josefina (*Aparece por el fondo corriendo desesperada*). ¡Ignacio! ¿Dónde estás? ¡Oh, qué desgracia!.. ¡Muerto! (*Se arroja sobre su cadàver*). ¡Amor, mi querido amor! ¡Te amé siempre y continuaré amándote mientras en mi corazón quede una gota de sangre!.. ¡Adiós Ignacio, para siempre!. (*Le besa con delirio y todos lloran*) ¡Matadme, también quiero morir! (*Sollozando*). ¡¡Ignacio!!..

TELÓN